

— Traed el pergamino, continuó Aznar, donde se trata del perdon de los ricoshombres rebeldes.

— Aquí lo teneis; ¿mas vos sabeis leer, Aznar?

— No entendí en mi vida de esas brujerías, que mis padres no me criaron para monje sino para soldado, y de los almogávares, que son doblemente soldados que los otros.

— Pues ¿para qué queréis entonces el pergamino?

— Como es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada.

— No me atrevo á tanto, respondió Fivallé; pero aun cuando me atreviera, es el caso que si leer sé muy razonablemente, de escribir no entiendo mas que vos.

— ¡Diablo! exclamó Aznar: esta sí que es gran dificultad.

Y como sin saber qué hacerse, comenzó á dar vueltas por la sala donde se hallaban, ora asomándose á las ventanas, ora quitándose, sin discurrir al parecer buena salida en el laberinto en que se veía metido.

— No lo harán! ; No me obedecerán! si no tengo ese pergamino, gritaba de cuando en cuando.

— Pedro de Fivallé, dijo al llegar á lo alto; ya está todo compuesto; mañana entrarán los príncipes en Huesca sin resistencia alguna y harémos sonar la campana, que con solo oirla esta vez desfallezcan todos los rebeldes del mundo quanto mas los del reino.

CAPITULO XVII.

Fivallé lo miró como asombrado sin hablar palabra.

— Traed el pergamino, continuó Aznar, donde se trata del perdon de los ricoshombres rebeldes.

— Aquí lo teneis; ¿mas vos sabeis leer, Aznar?

— No entendí en mi vida de esas brujerías, que mis padres no me criaron para monje sino para soldado, y de los almogávares, que son doblemente soldados que los otros.

— Pues ¿para qué queréis entonces el pergamino?

— Como es verdad que Dios castiga sin palo ni piedra: pruébase con el ejemplo del lego Gaufrido, que lo que recibió fué una puñada.

— No me atrevo á tanto, respondió Fivallé; pero aun cuando me atreviera, es el caso que si leer sé muy razonablemente, de escribir no entiendo mas que vos.

— ¡Diablo! exclamó Aznar: esta sí que es gran dificultad.

Y como sin saber qué hacerse, comenzó á dar vueltas por la sala donde se hallaban, ora asomándose á las ventanas, ora quitándose, sin discurrir al parecer buena salida en el laberinto en que se veía metido.

— No lo harán! ; No me obedecerán! si no tengo ese pergamino, gritaba de cuando en cuando.

— Cosas de Aznar. Para aquel hombre pensar y poner las obras en ejecución, era todo uno, según hemos visto en otros trances; audaz por la edad, por la raza, por el ejercicio, y alentado con el buen éxito de sus empresas, puesto que le habían salido bien

hasta entonces las mas arriesgadas; diestro, ágil, poderoso en fuerzas y armas, no habia obstáculo que le estorbase el comenzar y llevar adelante un empeño.

Mas por esta vez la dificultad era tan grave, que si no les hizo arrepentirse ó temer, le tuvo por largo espacio sin acertar con el remedio.

Si se tratara de derribar á un ginete brazo á brazo, ó de asaltar la torre mas levantada, y aunque fuera de lidiar solo con un ejército, Aznar no lo habria meditado tanto, sino que ciegameute se habria arrojado al obstáculo, y ó lo habria arrollado, ó habria perecido en la demanda. Pero eran letras lo que habia que hacer; letras, y el valeroso almogávar ni de vista apenas las conocia. Hubo momento en que deseó que sus padres le hubieran criado para monje y no para soldado como era.

Otras veces, abandonando el proyecto del pergamino, se ponía á maldecir á Fortuñon á grandes voces, afeándole su cobardía en no querer emprender nada contra los ricoshombres sin mandato escrito del rey, y al propio tiempo jurando que tomaria de él notable venganza, cuando la ocasion le viniera á cuento.

Y cierto que debian ser horribles las venganzas de Aznar: cuando por aficion á los peligros, por antipatia á los que eran mas que él, y por fidelidad al rey se lanzaba de tan buena voluntad á derramar torrentes de sangre, ¿qué no habria hecho en desagravio de la ofensa propia?

Ni podia haberla mayor para él que estorbarle la ejecucion de sus pensamientos.

Yendo, pues, y viniendo, y revolviendo cosas en su cabeza, llegó á fijarse en la idea de dejar aparte á Fortuñon é ir por sí á buscar á los almogávares que habia en Huesca y persuadirlos de que acometiesen tamaña empresa. Pero ni él sabia dónde podria hallarlos, en una ciudad que le era aún poco conocida, ni dado que los hallase, podia confiar en que siguieran su voluntad.

La empresa era arriesgadísima y espantosa de imaginar; el número, y fama, y riqueza de los ricos hombres era para poner respeto en los mas osados. Y de otra parte, Aznar no tenia aun la autoridad que solo dan los años verdaderamente; por mas que los títulos y grados de nuestros dias la finjan y aparenten de suerte que pueda haberla sin ellos.

Viéndole en peligro de su persona, no habria almogávar que no le acudiese por amor á él, y eso que hoy llamamos espíritu de cuerpo; pero que entrase alguno á sabiendas en tal empresa por solo su mandado, no habria podido lograrlo.

Y en esto comenzaba á anochecer, y no parecia sino que la proximidad de las tinieblas aumentaba mas el desasosiego del almogávar.

Al cabo por una de las ventanas distinguió en la calle los hábitos de un monje que pasaba.

— ¡Oh! ese monje debe saber de letras, exclamó: nada me falta, y de un salto se puso en la calle.

Aquello fué una inspiracion.

—Padre mio, le dijo al monje, ¿sabeis vos escribir?

—No hais de llamarme padre, que no soy sino lego, hermano, respondió el monje: mas ¿cómo si sé escribir? no hay en toda la comarca otro convento donde tan buenas letras se hagan como en ese glorioso de Mont-Aragon; ni hay allí otra mano como la mia para toda clase de escrituras.

—Pues el caso es, buen lego, ó buen diablo, ó lo que seais, dijo Aznar, que yo necesito de vuestra habilidad maravillosa para que me escribais un pergamino importante.

—Eso no puedo yo ahora, que tengo que hacer, hermano: y habládme con mas reverencia, que si bien no soy padre de almas, todavía me cuento por lego de autoridad en el convento.

—De reverencia no se trate, replicó Aznar, porque os haré cuanta os plazca y parezca; mas en lo de no escribir será fuerza que amanseis el ánimo, porque lo propio que si escribís habrá para vos buenos sueldos jaqueses de Aragon, si no lo haceis me temo que hayan de desaparecer vuestras narices de una puñada, padre lego.

—Hablarais antes lo de los sueldos y no hubiera en mí la dificultad mas pequeña, que aunque es verdad tengo que hacer, no es cosa que no dé algun espacio. Mas en eso de la puñada habria mucho en qué entender, y si queréis probar los míos luego que gane esos sueldos, sabréis cómo el lego Gaufrido se pinta solo para andar en carne ajena, ni mas ni menos que para trazar letras y ringorrangos en un pergamino.

—Todo será como vos decís, Gaufrido, que yo con que me escribais lo que os dicte, me doy por contento, respondió afablemente el almogávar.

Subieron sin mas á la casa, y puestos en la sala y cerradas cuidadosamente las puertas, le entregó Aznar al lego el pergamino que contenia el perdon, diciéndole:

—Quitad primero esas letras, menos el nombre y sello del rey, que por ahí debe andar así como á los fines.

—Tened, dijo Fivallé que estaba presente.

—Quitadlas, repitió Aznar.

El monje recordó que este era el de los sueldos ofrecidos, y no hizo caso del otro, mas sacando del pecho una cajita con ciertos instrumentos e ingredientes, comenzó lentamente á borrar lo escrito del pergamino.

Así que hubo terminado su tarea, dijo:

—Dictad.

—Vos, Fivallé le pondreis el encabezamiento de una sentencia de muerte contra varias personas, que yo no sé tampoco de esas cosas, dijo Aznar.

—Pero, ¿estais loco, Aznar? ¿que pensais hacer? repuso Fivallé.

—Ayudadme en esto, Fivallé, continuó Aznar; que para lo demas ya daré yo traza y haré de modo que los dos ganemos mucha prez en estos reinos.

El rey de armas se encogió de hombros, y como fascinado por la palabra enérgica y el continente intrépido del almogávar, cedió á su voluntad y comenzó á dictar la sentencia.

—Reparad que son nobles, dijo Aznar como á la mitad; tratadles ahí segun su alta clase.

Pedro de Fivallé se paró un momento dudoso; luego continuó dictando:

—Y ¿ los nombres? preguntó embarazado cuando hubo llegado el punto de ponerlos.

—Miguel de Azlor es uno, dijo Aznar. Y el monje escribió sin decir una palabra; no así Fivallé que sintió estremecerse todo su cuerpo.

—Otro Gil de Atrosillo, continuó el almogávar. Y volvió el monje á escribir, y á temblar el rey de armas.

Aznar en tanto dictaba con la indiferencia mas grande. Los pliegues que habia levantado en su frente la pasada incertidumbre habian desaparecido; y en su fisonomía varonilmente bella, mas bien se leia la satisfaccion que ningun otro sentimiento.

Despues de Gil de Atrosillo, dijo: Pedro de Vergues, y luego:

—García de Vidaura. Pedro Fivallé no pudo contenerse por mas tiempo, y exclamó:

—Si no miente la fama, esos son de los mas esforzados y famosos ricoshombres del reino. Pensais de veras que se les pueda quitar la vida con esa sentencia que mandais escribir?

Aznar prosiguió sin contestarle:

—Férriz de Lizana. El héroe del Alcoraz? prorumpió Fivallé. El nombre de ese guerrero ha llegado hasta nosotros

los catalanes, todo resplandeciente de gloria; allá en Barcelona os lo hemos envidiado muchas veces.—

Aznar se sonrió siniestramente; y sin cuidarse aun de las palabras del atribulado rey de armas, continuó:

—Roldan. —¿ Tambien Roldan? exclamó estupefacto Fivallé. ¿ Tambien Roldan? Eso es imposible, Aznar: os estais burlando de mi, y acaso de vos mismo si tal pensais. Ni debe ser que se acabe en un dia con la flor de Aragon, ni puede ser que eso se consiga.

¿ Con qué medios contais para acometer tamaña empresa? ¿ Dónde están las gentes que han de apoyaros? ¿ Dónde las armas? ¿ Dónde los capitanes?

Aznar le miró entonces fijamente, y con entera voz le dijo:

—Buen escudero, yo defendiendo á mi rey y se como debo defenderlo; cuidad vos de defender á vuestro conde, y de lo que convenga á su servicio. Yo, acabando en un dia con estos soberbios ricoshombres, hago libre á Aragon y libre al trono. Pues que el conde de Barcelona viene á ocupar este trono y á reinar en Aragon, ved vos si os conviene impedirlo. Sin estas muertes que deplorais, ni don Berenguer dejará de ser conde, ni Aragon y Cataluña se verán unidos.

El almogávar discurria como el mejor político de su tiempo; sus palabras rudas en la forma estaban llenas de inteligencia, de verdad. Fivallé sintió suspensa su razon, pero no bastaba; era preciso, que se

conveciese tambien su corazon acobardado por la magnitud de la empresa.

—Todo ello es cierto, respondió; y no parece al oiros sino que anduvisteis en córtés de reyes antes que en riscos y cuevas de la montaña. Pero es imposible que eso lo ejecutemos nosotros solos.

—Si acaso no lo conseguimos, á bien que nosotros cumplimos con dejar nuestras vidas en el trance.

—Con todo, con todo, murmuró el rey de armas, mas temeroso de parecer cobarde que decidido á perder la vida.

—Apresurémonos, que es tarde, dijo á la sazón Gaufrido.

—Allá voy, hermano, respondió Aznar. ¿Quién son los que van apuntados hasta ahora?

El lego leyó:

—Miguel de Azlor, Gil de Atrosillo, Pedro de Vergues, García de Vidaura, Ferriz de Lizana, Roldan.

—Pedro de Luesia, continuó Aznar.

—¡El arzobispo! exclamó el monje tan indiferente hasta entonces. ¡El arzobispo! No, yo no escribo eso, no puedo, no quiero escribirlo. Pagadme mi trabajo y quedaos con el diablo, que no con Dios porque eso no puede ser cosa buena.

—Proseguid, buen lego, escribiendo, le contestó Aznar; que mas cuenta os ha de traer que el resistiros.

—No en mis dias, repuso Gaufrido.

—¿Qué no, don lego! Pues tomad eso á cuenta de lo que os espera, y ved luego si os conviene mediros conmigo.

Y al decir esto descargó Aznar una puñada en el carrillo derecho del pobre Gaufrido, de tal suerte que lo derribó cuan largo era en el suelo. Alzóse el lego gimiendo, y bañada en sangre la boca.

—¡Me habeis dejado sin dentadura! gritaba.

—¿Queréis mas? dijo Aznar alzando de nuevo el puño.

—No, por Dios, respondió el monje; me basta, me basta.

—Yo haré aun que os sobre, si otra vez osais resistir á lo que yo diga.

—No resistiré, dictad, dictad.

—Pues escribid lo que ya os dije, añadió Aznar.

El lego volvió á sentarse y puso temblando: “Pedro de Luesia.”

Y en seguida Aznar dictó otros y otros hasta quince los mejores ricoshombres del reino, y aquellos que tenian entonces el gobierno de las cosas.

No bien se hubo acabado la tarea, Aznar cogió el pergamino, y le dijo á Fivalle:

—Leed esto, no sea que el don leguillo nos haya engañado. Y vos, Gaufrido, venid acá: los sueldos se os darán colmados, pero no será sino hasta mañana; por esta noche habeis de quedar encerrado aqui abajo, porque no conviene que hombre que sabe lo que vos sabeis salga á la calle.

—No, no, dejadme, exclamaba el lego; que aun es tarde ya para regresar á mi convento; dejadme y os perdono los sueldos que me debeis.

—No seria justo, Gaufrido, que perdiesséis el fru-

to de vuestro buen trabajo. Pasad acá abajo la noche, y amanecerá Dios y medraremos, y medraremos todos.

Y cogiéndole de un brazo le arrastró á un zaquizamí muy oscuro, lleno de polvo y de muebles rotos, y cerró cuidadosamente la puerta sin que el lego osara mas poner resistencia. Vuelto á la sala, preguntó á Pedro de Fivallé:

—Está bien puesto cuanto le hemos dictado?

—Bien puesto está, respondió el otro.

—Ea, pues, seguidme si bien os place, Fivallé; os aseguro que hemos de salir triunfantes en nuestra empresa.

—Pero, Aznar, ¿estais loco? Mientras mas pienso en ello, mas me confundo, respondió el rey de armas. Parece, dijo, que os andais en burlas, porque lo que es en sana razon nadie es capaz de imaginar lo que imagináis.

—Y ¿en esas andais todavía? contestó Aznar.

Vive el cielo que me determino á no contar con vos para nada: quedaos, Fivallé, puesto que tanto miedo os asiste, quedaos y servid á vuestro señor con cobardes palabras, que yo con las armas he de servir al mio.

—¿Me insultais? Por San Jorge que he de probaros que hay valor en mí de sobra, y que si no os sigo á esa empresa, es porque en ella no os asiste la cordura. Aquí mismo ha de ser, en este aposento.

Y el ultrajado rey de armas, lleno el rostro de vergüenza, y de cólera los ojos, desnudó la espada.

Aznar lo estuvo contemplando por breve rato.

Dos ó tres veces, así como á su pesar, llevó la mano al ástil de uno de sus dardos, mas volvió á retirarla al punto.

—No os atreveis? dijo Fivallé alentado con aquel silencio, y queriendo devolver al almogávar la afrenta que le habia hecho.

—No, no me atrevo, buen Fivallé, contestó el almogávar con aparente calma.

Y en tanto sus ojos saltaban dentro de sus órbitas, flaqueaban sus rodillas y sus brazos, y su voz temblaba.

Nunca el almogávar habia hecho tanto sobre sí mismo; nunca habia reprimido de tal suerte sus sentimientos.

—No hablarais mal, repuso Fivallé, y os alborarais el que yo tuviera que mostraros quien soy!

Dijo esto con tono desdenoso y vano, como de persona que muestra moderación en la victoria y piedad hacia el rendido.

Aznar lanzó un rugido de cólera; toda su sangre se le agolpó á la cabeza.

—Oh! no puede ser, exclamó... don Ramiro... el conde... lo perderiamos todo... paciencia!

Y sin decir mas que estas palabras entrecortadas, se salió de la estancia corriendo, y en un vuelo se puso en la calle.

Aznar lo estuvo contemplando por breve rato.